

El tío Candileja.—¿Yo? dos, aquí están, una p'este y otra p'mí.

Empleado.—Bueno, pues entonces usted no tiene derecho a ocupar más sillas que las que están sentados.

El tío Candileja.—Güeno, ¿y qué?

Empleado.—Que tiene usted que darle esta silla a este señor.

—El tío Candileja.—Y dale con que se la dé paice usted también tonto.

Empleado.—Oiga usted, el tonto lo será usted y el bruto también. ¡Vamos! dele la silla al señor si no quiere que llame a los guardias.

El tío Candileja.—¡Como si callaras! (El empleado se marcha y vuelve enseguida acompañado de dos guardias de orden público.)

Un guardia.—¿Qué ocurre?

Empleado.—Pues nada, este hombre de Dios que hace más de media hora que le estoy diciendo que le dé esa silla que tiene apoyado el brazo a este señor y no quiere dársela.

El guardia al tío Candileja.—Bueno, ¿usted va a darle la silla a este señor?

El tío Candileja.—Y dale con que se la dé; pues no se la doy, ¡jea!

—El guardia.—Pero hombre ¿y por qué no se la dá?

El tío Candileja.—¡Pero ridiós, cómo se la voy a dar si no es mía!

¡Tié más que cogela!

¡

Pedro Martínez Gomar.

¡TODO ES NADA!

*Nada es el cobre;
Nada es la plata;
Nada es el oro;
¡Todo ello es nada!
Nada es la seda;
Nada es el diamante;
Nada es el brillante;
¡Todo ello es nada!
Ni los honores;
Ni dignidades;
Ni los dolores;
¡Todo ello es nada!
Y yo ¿soy algo?
Barro, cernada;
Ceniza, polvo!!
Es decir; Nada!!!*

T O 2 1 0.

Maldito anteojo...

Como de costumbre, solía ir todos los días festivos a pasar la tarde en compañía de un amigo, que habitaba en una casa de las afueras de la ciudad.

Después de haber conversado un buen rato, y para entretener más dulcemente el tiempo, subíamos al piso último, donde, por medio de un pasillo podíamos llegar a una habitación en la que había una galería.

Desde aquel sitio divisábamos perfectamente el precioso paisaje que la madre naturaleza nos ofrecía a la vista, auxiliados de un viejo y medio inútil anteojo, que nos facilitaba poder apreciar mejor, las casitas blancas que sembradas se hallaban a distancia, así como cuantos objetos nos pudieran llamar la atención.

No era posible que cuanto alcanzaba pudiera ser visto con claridad por el defecto antedicho, pero... no obstante, nos servía de entretenimiento, conformándonos con lo que buenamente pudiéramos escudriñar.

Una tarde, y cuando me hallaba observando la proximidad de un cotidiano tren que sobre las cuatro acostumbraba a llegar, me pareció distinguir dos bultos que caminaban por un lado de la línea.

Quise cerciorarme mejor y no pude, el paso del convoy por aquel sitio me hizo despistar mi intención, pues por más que miraba no podía dar con lo que mis ojos habían tropezado anteriormente.

Pasé un buen rato, ora mirando a un lado, ora a otro, cuando, cansado de tanto mirar, iba a quitar el anteojo de mi vista, noté que más próximos y con más claridad veía a la pareja de enamorados que dulcemente dejaban pasar el tiempo, conversando de su amor, sentados sobre la hierba y a la sombra de un corpulento árbol.

Con sólo ver aquellos dos seres que se amaban, y ambos muy juntos se contaban sus cuitas, gozaba en extremo, pues a mi mente acudía el recuerdo de cosas que pasaron para no tornar jamás.

En poco tiempo no sé lo que pasó; no puedo decir ni adivinar si el cristal de aumento me hizo ver visiones o realidades, lo que yo puedo manifestar que me pareció ver en aquellos momentos, fué que los dos, apretados, poco a poco parecía que juntaban sus cabezas, y que.....

Que sé yo después; el anteojo dejé caer de entre las manos, los ojos se me enturbiaron por el agua que de ellos arrojaba debido a la insistencia en el mirar, a la vez que en todo mi sér